

LA ENTREVISTA



Geoffrey O'Brien toma el pulso a Barcelona, el pasado martes.

JOAN PUIG

Geoffrey O'Brien

T *tiempo de soñar* (editorial Alpha Decay), publicada originalmente en 1988, no es una historia de los 60 al uso. Es algo diferente y único; la visión muy personal de un hombre que estuvo allí y vivió para recordarlo, y hacerlo, además, con un estilo mágico, tan cerca de la prosa como de la poesía (O'Brien es, ante todo, poeta). Es el relato de una época de terremotos culturales desde la perspectiva poco habitual de los jóvenes de a pie, en lugar del clásico icono rock de turno. Confiesa que esta reedición del libro en España le ha significado una alegría por volver a él, recorrerlo entero de nuevo junto al traductor.

–En el primer capítulo, *Suburbios*, nos pone en la piel de los niños que miraban al futuro tecnológico con una mezcla de ilusión y pavor, pero sobre todo ilusión. ¿Su yo adulto ha quedado decepcionado por el futuro?

–Con 8 años no nos preocupábamos exactamente; solo estábamos emocionados ante la perspectiva de aprender las soluciones a misterios antiguos y descubrir de qué iba el universo. Lo que tenemos ahora no es tan mágico como nos habría gustado, pero quizá es más poderoso de lo que habíamos imaginado.

–¿Es usted una persona tecnológica?

–No, en absoluto. Soy poeta. La única tecnología que manejo tiene que ver

«El sentimiento de liberación pasa de una a otra generación»

El poeta e historiador cultural destaca que en los años 60 los jóvenes tenían la misma sensación de cambios rápidos que los actuales, pero eran mucho más «públicos».

POR JUAN MANUEL FREIRE

con la escritura y la edición. Si acaso, soy un nostálgico de las eras pretecnológicas.

–¿Repasar el libro le ha servido para comparar aquella época con esta?

–¡Para hacer esa comparación se necesitaría otro libro! En los 60, la gente estaba avasallada por la sensación de cambios rápidos y comportamientos culturales extremos.

Pero no es nada comparado con lo que vivimos ahora. Lo interesante es que, en el pasado, los comportamientos extremos de los jóvenes eran muy públicos y de forma deliberada, mientras que ahora la gente vive más en su mundo digital secreto; no es tan visible. No ves a toda la gente reunida en Central Park, Woodstock o donde sea. Eso tampoco significa que esos sentimientos ha-

yan desaparecido, pero ahora circulan bajo tierra, de algún modo.

–¿Qué ha sobrevivido de aquella actitud que le parezca positivo?

–Había un sentimiento de liberación que de algún modo se ha trasladado de una generación a otra.

–Los años 60 forman parte de la edad de plata del cómic, sobre todo, de superhéroes. ¿Por qué cree que en tiempos algo cínicos como estos la figura del superhéroe aún es tan popular?

–Cuando yo leía tebeos de Marvel en los 60 eran historias más cómicas y ligeras. Ahora se tratan de forma más solemne. Los tebeos que nosotros leíamos de *Spider-Man* o *Los cuatro fantásticos* no eran así. Eran cualquier cosa salvo solemnes; nos gustaban precisamente porque tenían un gran sentido del humor.

–Spider-Man, en particular.

–Llegó como una bocanada de aire fresco porque tenía humor. No se reía de la figura del superhéroe pero la convertía en cercana y hacía preguntas cotidianas; preocupaciones neuróticas corrientes para un joven que resulta ser Spider-Man. Cuando veo las películas, siento que tratan de convertir aquellas historias en Wagner. Y no eran eso. Para mí, se ruedan películas de superhéroes para alejarse de la historia humana.

–Explique esta idea.

–En los años 50 y 60, la historia era la fuente principal de fantasía; los

wésterns eran películas de historia. En los 60 estaban *Lawrence de Arabia*, *Espartaco*, etcétera. La película épica histórica era el equivalente al cine de superhéroes de ahora. Y hoy es muy difícil vender una película así. Tienes que lidiar con visiones históricas y políticas diferentes, mientras que con *X-Men* ese problema no existe. Puedes venderla en todas partes porque está más allá o fuera de la historia. Me gustaría poder ver más películas con visiones conflictivas sobre el devenir de la humanidad.

–Las películas de agentes secretos fueron también populares en los 60. Ahora no tanto, James Bond aparte.

–Bueno, pero en Estados Unidos aún hay un montón de ficciones sobre agentes secretos, por ejemplo *Homeland*. No sé si hay una carencia de eso. Incluso *El francotirador* tiene ciertos elementos. En los 60, el tema de los espías era diferente. Cubría todo el área de la fantasía tipo James Bond y luego cosas más serias como las novelas de John Le Carré, que se basaban en conocimientos reales del mundo del espionaje y la política de la guerra fría. Era una forma de lidiar con el hecho de que estábamos en medio de la guerra fría sin sentirse abrumado por ello. Y con la confianza de saber que no se estaban viendo en la Unión Soviética, ni en China. Era un mundo dividido.

–Hablemos del meollo de su libro: la contracultura. Sabemos de ella a través de grandes figuras, pero no de personas más anónimas. El punto de vista de *Tiempo de soñar* es original.

–Fue el punto de partida del libro. Cuando empecé, alrededor de 1982, los 60 eran historia reciente y ya solo se escribía de ellos a través de los famosos. Lo habitual era que alguien escribiera un libro con eslóganes como «yo tomé ácido con John Lennon». Yo quería evitar eso, porque la principal característica de esta época es que se expandió a través de un gran número de personas que no eran Bob Dylan, ni famosos, ni iban de fiesta con los Beatles, pero que hacían las mismas cosas que ellos. Y quería contar eso. No quería hacerla sobre estrellas del pop, que eran más famosas y visibles pero no estaban solas creando aquello.

–En su libro *La conquista de lo cool*, Thomas Frank describe cómo la publicidad se apropió rápidamente de la contracultura. Hoy día, esos ciclos de fagocitación parecen aún más rápidos. ¿Puede algo ser contracultural durante más de 10 minutos?

–Ahora es difícil que la contracultura sea contracultura porque los canales de comunicación son parte de una red digital que está monitorizada por completo. Era más difícil en los 60 hacerse una idea de hacia dónde podían ir las cosas; había más misterio. Ahora hay un aspecto pavloviano en todo esto. Hace poco hubo una pequeña controversia con un televisor de Samsung que estaba diseñado para espiar a la gente. Tenía una pequeña advertencia: «Las cosas que diga enfrente de la televisión pueden ser escuchadas por terceras personas». Todos crecimos leyendo 1984, pero esto supera a aquel libro. ≡